

manada y andaban por ahí, perdidos y en peligro ante el puma y los coyotes; así que el tío Tacho salió a los montes aledaños al río Salado, buscando por entre huizachales y mezquiales alguna huella de los animales perdidos, mientras la noche poco a poco había ido invadiendo todo el paisaje. Tomó un derramadero y bajó al cauce; luego, subió y bajó por ancones y tomó por los barrancos buscando tras cada matorral cuidadosamente.

Súbitamente, algo muy frío le cayó en ancas provocando tal reacción de terror en la bestia, que empezó a saltar y dar coces. "Aquello" lo abrazó desde la espalda con sobrehumana fuerza. Automáticamente, el tío detuvo algo como un brazo que venía en busca de su pecho y detuvo el golpe y forcejeó pero ino veía nada frente a sus ojos...! Luchando con el atacante y el caballo encabritado, volteó a ver a su enemigo pero ino veía nada tras él...! ¿Con quién estaba luchando...? Por fin, el caballo trepó el ancón hasta quedar fuera del cauce. Allá arriba, el jinete se sintió repentinamente libre y el animal recobró la calma.

El tío Tacho metió espuelas y regresó al rancho contando del ataque de un fantasma a las asombradas familias. Decía conmocionado que el teniente había regresado para matarlo, y ya había logrado arrebatarse el alma. Decía muy convencido que ya era cuestión de horas. Que lo había dejado vacío, y...

¡Al tercer día murió...!

Esta leyenda fue pasando de generación en generación entre los rancheros de la comarca aledaña a Santa Cecilia y Las Hormigas como una herencia más de esta tierra, donde al caer la noche, como plática de sobremesa, aún se cuenta la extraña historia de...

*La venganza del muerto.*

\*\*\*\*\*

## GRACIAS A UN BALÓN

Anáhuac es un municipio de memorias frescas, de historia reciente porque aún viven los testigos de sus más viejas historias. Una de las nuevas anécdotas es aquella de una escuela que se fundó gracias a un balón.

Era el año de 1990 cuando llegaron a Colombia dos maestros enviados por la Secretaría de Educación Pública del Estado con el fin de crear una escuela secundaria. Para esto, llegaron a la escuela primaria de aquel antiguo pueblo fronterizo y tras hablar con los padres de familia, enlistaron a los alumnos próximos a graduarse para con ellos fundar la escuela.

Suspiraron con desconsuelo. En sexto grado, sólo había siete muchachos para empezar el primer grupo; pero sin perder el ánimo, regresaron a mediados de agosto para iniciar la larga marcha hacia el futuro que ya se vislumbraba en el horizonte de Colombia. Se pensaba que a partir de la construcción del puente internacional "Solidaridad", las maquiladoras llegarían, se crearía una zona industrial y otra comercial; todo esto traería nuevos pobladores que en tumulto llegarían para crear grandes centros habitacionales. Los alumnos llegarían como hormigas a formarse en los patios de aquella escuela que se fundaba sobre proyectos que no eran todavía más que sueños. Los siete alumnos y algunos cinco de generaciones anteriores, junto a sus dos profesores, serían los pioneros de una nueva era para el pequeño poblado de Colombia.

Sin embargo, llegó el primer día de clases y nadie acudió a las aulas. La Secundaria "Carlos Salinas Lozano", improvisada en terrenos de la primaria, lucía triste. Los maestros caminaban cabizbajos por el corredor, o se sentaban en la banqueta tronándose los dedos en aquella espera inútil; miraban hacia los mezquiales que rodeaban la

malla con la esperanza de ver algún muchacho aparecer por las veredas, pero nada...

Por la tarde, recorrieron el poblado visitando los domicilios de los alumnos inscritos y todos los padres tenían la misma respuesta: *“Pos’ no quiso ir...”* *“Si lo mandamos a la escuela...”* *“No sé, creí que había ido...”*

Al segundo día la puerta se abrió de nuevo, pero otra vez nadie acudió al llamado. El patio y el salón suspiraban por la incomprensión de los jóvenes que no valoraban el esfuerzo de las autoridades educativas y preferían andar por las riveras del río y los montes aledaños llevando una vida libre y feliz como los pájaros. Eran muchachos que aún no sabían que el futuro se construye con trabajo en el presente, y preferían seguir con su vida de cazadores de ardillas recorriendo montes con una hulera en la mano o las orillas del Bravo con una improvisada caña de pescar.

...Y las puertas volvieron a cerrarse en el vacío. Los maestros empezaban a ver cómo su sueño se diluía en humo que se iba perdiendo poco a poco al viento.

Llegó el tercer día y tras una hora de espera inútil, a un profesor se le ocurrió tomar un balón de básquetbol y sacudir el desánimo trotando su robusto cuerpo alrededor de la cancha. Se le unió el compañero, y entre saltos y tiros que seguido eran rechazados por el tablero, pasaron los minutos haciendo que los pensamientos pesimistas volaran a un momentáneo rincón de olvido. El ejercicio les abrió la respiración, el ánimo, y sudorosos, se sintieron revitalizados volviendo a sonreír.

De pronto, miraron que entre el mezquital empezaron a asomar rostros preadolescentes, casi niños, que asomaban curiosos a ver el juego. Los maestros fingieron ignorar aquella presencia y siguieron brincoteando frente al

tablero. Poco a poco los niños empezaron a salir con libreta y lápiz en la mano, y el profesor -viejo lobo de mar- pronunció las palabras mágicas: *“¡Eh...! ¡Vengan a jugar...!”*

Los jóvenes, todavía algo huraños, se fueron acercando; pero uno de ellos recibió un pase de balón que automáticamente lo hizo empezar a botarlo y un minuto después, todos trotaban gritando y disputando el balón.

Tras una larga jornada basquetbolera, se sentaron todos en los pupitres y disfrutaron de la generosidad de los profesores que llenos de júbilo, mandaron traer refrescos y abundante y variada botana. Tuvieron una amena plática con la cual, buscando no asustarlos, ejercían el difícil arte de enseñar jugando. La camaradería por fin había empezado...

Al cuarto día, empezaron las clases. La larga marcha al futuro había empezado. Una nueva escuela había sido fundada...

*¡Gracias a un balón...!*

\*\*\*\*\*

## LA MUERTE DE JUAN JOSÉ LORENZO

Las tradiciones orales de Nuevo León pocas veces ofrecen un relato de hechos en que participen los indios de la región. Casi todo lo que existe acerca de ellos ha sido escrito por los cronistas de la Época Colonial y repetido tal cual, por los historiadores actuales; sin embargo, aún hay ancianos que guardan como un tesoro familiar las narraciones familiares que les fueron pasando de padres a hijos sobre experiencias o contactos mortales que sus antepasados tuvieron con los indios de guerra. Así es como hoy llega a nuestras manos una

crónica que como herencia de familia sólo se había compartido entre unos cuantos: la muerte de Juan José Lorenzo.

Era la primer mitad del siglo XIX cuando Tomás Garza Villarreal vivía en el rancho Las Hormigas, cerca de lo que hoy es el ejido Nuevo Anáhuac. En aquellas soledades, en una gran casa de un solo cuarto, con paredes de piedra de casi un metro de ancho y una alta chimenea, vivía con la compañera de su vida, doña Mariana, dedicado a la ganadería en apoyo de su suegro don Juan José Lorenzo de la Garza. Y entre la atención al ganado, pastizales y siembras de temporal, pasaba la vida en paz, porque paz era el signo de aquellos tiempos ya que las posguerras de la Independencia no los habían alcanzado y los indios que merodeaban por la región eran muy pacíficos.

Los catujanes y kikapúes vagaban por aquellas tierras y llegaban a comerciar con los rancheros intercambiando carne por granos; bonitas pieles por la rica chancaca; plantas y raíces medicinales por pequeñas herramientas, prendas usadas y retazos de tela. Señales y palabras sueltas eran el lenguaje común entre indígenas y rancheros; y entre los más entusiastas para recibir estas visitas, estaba Tomás. Los indios y sus mujeres, como señal de respeto, llegaban tratando a los lugareños con la palabra más afectuosa que conocían: "*compare... comare...*" y ya establecido el *compadrazgo*, venía el regateo donde todos salían ganando. Don Juan José Lorenzo nunca faltaba a tan pintorescas ocasiones.

Era el año de 1840. Doña Mariana se encontraba en avanzado estado de embarazo y muy pronto habría que buscar acomodo en Villaldama para esperar el arribo de un nuevo miembro de la familia. Así que aquella mañana de invierno hubo gran movimiento en Las Hormigas. Se llevarían cincuenta novillos a comerciar y seis vaqueros irían al arreo; al frente de la romería don Juan José Lorenzo; y a la

retaguardia, un cochero conduciría un exprés donde doña Mariana era acompañada por Tomás, el esposo preocupado por el delicado momento que se acercaba.

La comitiva partió con la doble misión de vender aquellas cabezas de ganado y regresar con un nuevo hijo en los brazos. Todo era entusiasmo y regocijo; pero no habían dejado lejos la vieja casona que aún podía verse a la distancia, cuando al cruzar por la cercana cañada, de pronto fueron rodeados por indios de guerra. Jinetes de mala catadura y ceñudos indígenas de a pie, surgieron de todas partes y se acercaron a ellos con lanzas de punta al frente y flechas listas en el arco para ser disparadas. Mala señal...

Don Lorenzo, con toda la serenidad y valor de sus 47 años, se acercó a los nómadas y entre señales y palabras conciliatorias quiso establecer comunicación. Una sarta de palabras airadas, incomprensibles, y gestos poco amistosos fue la respuesta.

El resto de la caravana esperaba con el alma en un hilo. Aquellos no eran los indios pacíficos que estaban impuestos a tratar; los que llegaban con sus mujeres y niños en busca de ganarse la vida. No, los presentes eran de un pueblo más agresivo como hacía muchos años no se veían por la región. Estaban ante los muy temidos lipanes, de la nación de los apaches. No tenían aún noticias de Lampazos sobre aquella presencia hostil y por tanto, no llevaban armas apropiadas. Una gran desgracia parecía ineludible.

El padre de Mariana insistía en su actitud pacificadora, pero el jefe y sus guerreros parecían cada vez más ofensivos e irreconciliables. Juan José Lorenzo empezó a sentir hervir la sangre y también levantó la voz y las señas tradicionales se convirtieron en aspavientos que llenaron de intranquilidad a los testigos.

¿Qué querían? ¿Les iban a quitar el ganado? ¿Iban a secuestrar niños cristianos como aquél de ocho años que los acompañaba? ¿Querían asaltar el rancho? Había una gran barrera por el desconocimiento del idioma y por lo tanto, ni siquiera pudieron llegar al más mínimo entendimiento en sus posiciones e intenciones.

Eran demasiados en contra, pero don Lorenzo ya no estaba dispuesto a permanecer inerte ante la actitud cada vez más insolente de sus inesperados contrincantes. El jefe de la tropa bárbara manoteaba al viento y las palabras fueron calentando más y más el momento. Y no pudo más. Total, si de todos modos iba a morir. En inesperada acción sacó del morral de yute aquel revólver de un solo tiro y, en un acto suicida, quemó la única esperanza. Un indio cayó herido y las flechas cruzaron el aire como pájaros en vuelo para anidar entre costados y pecho del valiente Juan José Lorenzo, que todavía recibió estoques de lanza antes de derrumbarse de su caballo.

Familiares y vaqueros quedaron helados ante tan repentina tragedia. Seguían ellos en aquel sacrificio y ni siquiera traían armas para vender cara su sangre! Sin embargo, sucedió lo insólito: El jefe lanzó gritos y palabras que nadie entendió y a una señal suya, la partida apache bajó las armas y dando media vuelta se perdió entre los montes. Los peregrinos quedaron confundidos ante lo acontecido.

Mariana lloraba a gritos al ver a su padre desangrándose en tierra mientras Tomás iba de la furia impotente, a la preocupación por atender a su mujer; del carruaje, al herido... ¡Había que hacer algo! Precipitadamente regresaron a la casa, guardaron los novillos, se armaron para la ocasión, y en el exprés acomodaron al hombre en agonía que a pesar de la premura ya no alcanzó a ver las calles del viejo Villaldama. Una vida que se iba... Una vida que llegaba... Una cruz de hierro que quedaría hasta hace unos cuantos años ahí en medio de la cañada trágica.

No sabían todavía que aquel hombre valiente sería el primero de varios muertos con que los apaches lipanes regarían la región. Unos días después, todos los ranchos de la comarca se cimbraron ante noticias de guerra. Los guerreros atacaron haciendas por todas partes desde los ranchos de Lampazos al Potrero, robando mujeres, niños y ganado; quedando por todas partes heridos y muertos los cuerpos de los bravos rancheros que cayeron en defensa de sus familias y propiedades.

Tiempos violentos, tiempos de guerra. Pero remontando los siglos, la presente crónica oral ha perdurado porque Tomás Garza contó esta historia a su hijo Juan Garza, que la contó a su hijo Corando, que la contó a su hijo Eliseo, que la cuenta actualmente a sus hijos; y todavía de labios de don Corando Garza, llega también hasta nosotros esta tragedia que nunca el tiempo borrarán: La muerte de Juan José Lorenzo.

\*\*\*\*\*

#### EN DEFENSA DE SU CRÍO

Pedro llegó de Coahuila acompañando a sus padres y hermanos para acudir al reparto de tierras en el naciente Distrito de Riego 04, allá por el año de 1931. Venían en un guayin tirado por dos bestias mulares; y de jornada en jornada, fueron cubriendo la distancia hasta ver coronada su esperanza al avistar la presa "Don Martín" y durmieron a sus orillas, acariciando el dulce sueño de obtener tierras para ganarse la vida, que en aquellos tiempos de crisis se les negaba en todas partes. Al otro día, con los ánimos renovados, de un solo tirón cubrieron la distancia hasta el pueblo de Camarón. Y lograron su objetivo, al paso de los días, les dieron una parcela y se acomodaron a vivir en aquella pequeña ciudad.

La vida en Camarón era de bullicio y movimiento constante por los buenos tiempos del auge agrícola, pero en cuanto se creó el nuevo poblado de Anáhuac, la familia se mudó, acomodándose al norte de la colonia Obrera. Ahí, inscribieron a Pedro en una escuela provisional que estaba cerca de la plaza "Rosita". Pero Pedro no era muy dedicado al estudio, y buscando algún progreso en el niño, sus padres lo cambiaron al colegio "Excelsior", pero jamás pudo pasar el tercer grado.

La escuela, definitivamente no era lo suyo, así que se dedicó a hacer mandados como el llevar varias tinas de nixtamal al molino, y ivaya que le pagaban bien por el servicio...! Como eran los tiempos del "centavo" pues a centavo compraba el dulce preferido, a centavo el cochinito o las galletas favoritas. Pero la actividad que más centavitos le daba, era el servir a una familia del centro del naciente poblado, familia que tenía muchos pájaros y necesitaban insectos para alimentarlos; así que Pedro se realizó como experto cazador de chapulines. En aquel tiempo, la colonia Obrera aún estaba en formación y las casas se veían diseminadas por el monte: una aquí, otra allá, otra más allá; y por lo tanto, lo que sobraban eran baldíos para la caza del chapulín. Le pagaban a centavo cada insecto -paga muy generosa- y Pedro era feliz porque las monedas nunca faltaron en sus bolsillos y por aquellos días fue el más asiduo cliente de don Ciriaco Sánchez, el nevero del pueblo.

Pedrito, en su vida de inocente vagancia, iba atestiguando la vida; observando el diario ir y venir de la gente. En muchas familias, los hombres salían el lunes a trabajar en las labores del Sistema y muchas veces, les tocaba hacer campamento y tenían que regresar hasta el viernes, dejando sola a la familia todo ese tiempo. Y por la orilla oriente de la colonia, en un monte pedregoso donde hoy se ubica Obras Públicas, había por aquel tiempo un jacal de adobe y techo de lámina donde vivía un matrimonio joven, con tan sólo un pequeño recién nacido. El joven padre de

familia tenía también que dejar a su mujer para trabajar en campamentos, y aquella madrecita quedaba sola al cuidado de su bebé. Por las noches, se encerraba atravesando trancas por dentro en puertas y ventanas, previniendo algún atentado a su vulnerable soledad.

Un anochecer en que Pedro pasaba frente a la casa después de una jornada de cacería y juegos, fue testigo de unos hechos que recordaría por el resto de su existencia. Escuchó un desorden de fuertes voces y muebles que caían al interior del jacal. La joven gritaba y con voz llena de pavor pedía auxilio; el bebé lloraba y se escuchaban potentes rugidos y maullidos en el interior. Al griterío, cundió la alarma y varios vecinos se aprestaron al auxilio y llegaron con palos, cuchillos y cuanta arma disponían para defender a la mujer en desgracia. Pero al llegar, las trancas les impedían abrir la puerta y gritaban pidiendo que les abrieran. Desde adentro, la única respuesta era el rugir, chillidos, maullidos y gritos aterrorizados.

Al fin, un hombre levantó un hacha y destrozó la puerta. Los más decididos entraron atropellándose unos con otros pero quedaron helados de horror al ver un enorme y monstruoso gato negro de flamígeros ojos, dar un salto hacia el techo y atravesarlo, sin tocar las láminas, desapareciendo hacia la nada. Pero lo que más los conmovió, fue encontrar a la mujer sangrante, con hondos tajos de rasguños y mordeduras en brazos, espalda y cuerpo entero, con su niño todavía protegido entre los brazos. Y flotando por todo el ambiente del humilde hogar, una asquerosa pestilencia que también llenó de náuseas a los presentes.

Las mujeres rodearon a la muchacha y lavaron sus heridas con agua hervida y trapos limpios mientras escuchaban este relato que quedó como uno de los más trágicos y extraños misterios en la memoria del pueblo:

*“Después de terminar mi quehacer, me acomodé en la cama con m'hijo... Al apagar la luz, sentí que un cuerpo muy pesado cayó en el colchón. Voltié para ver qu'era aquél ruido, y descubrí un gatote color negro, casi tamaño de un perro que, con ojos de brasas, se acercó y intentó apoderarse de mi niño. Aunque con mucho miedo, así, gritando de horror: me tiré contra el animal y pelié muy fuerte con él para que no me quitara a m'hijo. Y grité, y grité... Hasta que llegaron todos y desapareció en el techo...”*

*“No sé qué era ese diablo, pero nadie me iba a quitar a mi niño...”*

Aquella noche, la gente hizo guardia ante el jacal para prevenir un segundo ataque de la bestia infernal, mientras una comisión partía al campamento en busca del esposo que no creería aquella insólita historia que le llevaban para que regresara en auxilio de su familia; y aún incrédulo, regresó a un encuentro todo abrazos y lágrimas. Y temiendo otra embestida de aquella fuerza maligna, aquel jacal fue abandonado y el paraje quedó otra vez solo para nunca más volverse a habitar hasta hoy, que es ocupado por un edificio público.

La familia desapareció del pueblo y jamás se volvió a saber de ellos, pero los testigos de esta extraña historia, todos ellos hoy ancianos respetables como don Pedro, todavía recuerdan aquella bestia que de *lo incógnito* llegó para robar un bebé con desconocidas intenciones. Mil especulaciones se dieron en ese tiempo: que era un nagual, que era una bruja, que necesitaban un niño no bautizado para ceremonia demoníaca, en fin... Pero lo que más destacan entre sus recuerdos, es el coraje de aquella valiente madrecita que regó su sangre y enfrentaría al demonio mismo...

*¡En defensa de su crío...!*

\*\*\*\*\*

## ENTREVISTA CON EL MUERTO

A fines de los años sesenta llegó al ejido Rodríguez un curandero; robusto indígena de porte solemne nacido en Concepción del Oro a fines del siglo XIX, veterano de la Revolución cuya máxima aventura fue la Toma de Zacatecas. Anciano venerable por su humanidad con los pobres y enfermos, experto en las artes espiritistas y la magia blanca, por lo que bien pronto se hizo famoso en la región por sus curaciones milagrosas; sin embargo, sólo aplicó su ciencia ancestral sobre el *mal puesto* o casos de hechicería, pues cuando se le presentaba un caso de enfermedad común, él mismo les aconsejaba acudir al doctor. De una honradez a toda prueba, aún así fueron portentosas sus demostraciones en las artes mágicas y pasó por siempre a las memorias de aquella árida región, el nombre de don Ernesto Escobar.

Don Froilán era un trabajador del rancho de Santa Cecilia que al constatar en experiencia propia la efectividad del espiritista, lleno de agradecimiento se hizo su amigo; el compañero de pláticas, de recuerdos viejos, como viejo era ya todo lo que acompañaba al noble anciano milagrero. Su conversación versaba siempre en lo profundo e incógnito de todo lo que nos rodea y entre confidencia y confidencia, Froilán supo entre pocos, que poseía una videncia tan grande, que le podía decir lo que estaba pensando y constantemente le hacía demostraciones adelantándose a sus deseos. Era un brujo a la alta escuela y por tanto, su amistad era un constante encuentro con el misterio.

Una ocasión, Froilán lo invitó a que lo acompañara a un lugar muy singular donde por las noches se veían fuegos, se escuchaban ruidos de cadenas y el penoso paso de un guayín entre pedregales. El sitio era cerca del arroyo *Hondo* en Santa Cecilia, propiedad colonial cuya antigüedad se remonta a los tiempos de la minería en Lampazos y San Carlos de Vallecillo.

Al llegar al lugar, era ya de noche. El curandero se paró ante los pozos que buscadores de tesoros ya habían abierto por todas partes, y dijo a Froilán con toda solemnidad: *\_Detente aquí... Me voy a acercar yo sólo porque en este sitio hay tres entierros; pero cada uno 'stá cuidado por un espíritu. Tú eres un obstáculo para que se dé el contacto. Voy a tratar de platicar con ellos...*

Don Ernesto se adelantó unos cuarenta metros, y quedó de pie en actitud mística. Un momento después, ante los azorados ojos de Froilán, un jinete hecho de sombras montado en un corcel negro, salió rayando el caballo, en actitud agresiva; pasó junto a él y más adelante también donde estaba el Nigromante, para luego perderse diluyéndose en el viento. Sin inmutarse, el sabio anciano caminó hacia su amigo que aún temblaba, diciendo al ritmo de su caminar:

*\_Fue inútil... Los espíritus no quieren entregar la custodia. Aún 'tán aferrados a sus riquezas. ¡Vámonos...!*

Una gran experiencia la vivida aquella noche; pero Froilán aún tenía otro sitio que lo inquietaba: era una coma al lado del camino por el *Paso de la Represa*, un paraje frente a la antigua hacienda de *La Aguja*. Ahí se escuchaban ruidos de herramientas, en algunos sitios la tierra ardía; todo indicaba que algo había por ahí que tal vez el Vidente podría descubrir. Así que unas noches después de la primera experiencia, estaban ahí en busca de otro encuentro con *lo desconocido*.

Al llegar al lugar, inmediatamente el viejo detuvo a Froilán.

*\_Ay'stan los dineros; pero también tienen un guardián. Detente... Voy a ver si quiere platicar conmigo...*

Don Ernesto caminó unos pasos y adoptó una actitud grave. Movía la cabeza y de vez en cuando pronunciaba respuestas y preguntas apenas audibles por su acompañante. Unos minutos después, lo llamó al lugar.

*\_Aquí 'stá el tesoro... Esta alma sí aceptó hablar conmigo y me dice que hace más de ciento veinte años él trabajaba en un arreo de oro que llevaban a vender a Estados Unidos. Era un gran contrabando que portaban en dos acémilas prietas. Pero una gavilla de bandidos los siguió durante días y cuando acampaban, a la distancia también los malhechores descansaban. La diferencia se acertaba hasta que una noche, su rico patrón decidió que tenían que enterrar el oro en este sitio. Sólo una condición había: uno debía quedarse a cuidar el tesoro al cabo que dentro de unos días volverían por todo. Él se ofreció a quedarse, y al instante: ¡recibió un balazo en el pecho...!*

*Cayó confundido y retorciéndose de agonía. Él esperaba que se quedaría por allí, emboscado, vigilando escondido el dinero. Pero no... Su patrón lo había traicionado... Abrieron un pozo y aventaron las talegas; y sobre ellas, fue sepultado y condenado a quedarse aquí por los siglos de los siglos, hasta que alguien se lleve esta custodia maldita.*

*El te la quiere entregar... No está juzgado de Dios y ya quiere descansar... Es una condena que lo ha hecho llorar mucho tiempo... Te va a entregar el dinero... Mira, fija tu vista en este punto del suelo. Te lo va mostrar. Al instante, un leve resplandor fue creciendo en el suelo ante sus ojos y se alargó hasta alcanzar un metro y medio de ancho. Luego, fueron configurándose raídas bolsas de cuero llenas de onzas de oro que titilaban su áureo brillo llenando de emoción a Froilán. Era un túmulo alargado parecido a una tumba, pero conformado por cientos de monedas y sobre ellas, un esqueleto en posición tortuosa descansaba el sueño eterno. Era el cuerpo de aquél pobre desgraciado que quedó allí,*

condenado para siempre.

*—Hay una condición. Dice que hay reglas que debes seguir: Has de venir una noche en compañía de otros seis; fueron siete los que lo sepultaron y deben ser siete los que desentierren el tesoro. Dice que nació en un pueblito cerca del mar llamado Tampico. Tomarás sus huesos y los llevarás al panteón de aquel lugar... Serás dueño del dinero... Por último, una advertencia: uno de los siete va a morir al paso de los días...*

*—Pero, ¿quién...? ¿porqué...? —preguntó Froilán súbitamente asombrado.*

*—Dice que él tampoco sabe porqué... Es la regla... Una regla que él no hizo y no puede cambiar... Te suplica que no tengas miedo y por favor lo ayudes a descansar...*

*—Yo tengo siete hijos —dijo Froilán—. Puedo traer a seis y conmigo serán siete. Le ofrezco que tome mi vida. ¡Estoy dispuesto a morir para dejar esta riqueza a mi familia!*

*—Dice que no puede tomar tu vida; que él no sabe a quien le toque quedarse en su lugar... Que no puede decidir quién muere.*

*—¡No...! ¡No...! —dijo Froilán dando unos pasos atrás— ¡Si le tocara a cualquiera de mis hijos, yo y mi esposa nos moriríamos de pena...! ¡No...! ¡Dile que se quede con el tesoro! ¡Que ya no quiero verlo! ¡Que ningún oro vale más que la vida de mis hijos...!*

...Y dos hombres desandaron el camino. Atrás quedó un alma en pena sumida en llanto. Los camaradas dejaron el paraje con paso decidido. Don Ernesto Escobar caminaba orgulloso de la sabia decisión de su amigo y Froilán iba pensativo, pero jamás se arrepintió de la decisión tomada.

Hoy, el paraje continúa allí tan eterno como las piedras y el cielo. Las historias de apariciones, ruidos y fuegos fatuos se repiten día a día. Los buscadores de tesoros buscan con afán las riquezas escondidas, mientras ejidatarios y rancheros cuentan esta historia a los niños que asoman llenos de curiosidad a los misterios del pasado y tal vez, alguna noche, se repita esta historia y alguien salga huyendo del lugar después de otra macabra...

#### *Entrevista con el muerto.*

\*\*\*\*\*

#### CORAZÓN APACHE

e Anáhuac a los ejidos, el camino se bifurca doblando a la derecha pero aparece una larga recta conocida como carretera a La Gloria. Siguiendo esta terracería hasta cruzar la carretera a Laredo, has de seguir unos diez minutos tierra adentro siempre con rumbo oriente, hasta llegar a un viejo poblado conocido como "San Rafael de las Tortillas".

Las Tortillas duerme bajo el candente sol el sueño de los siglos, arrullado entre mezquiales y montes de bajo matorral. Por las callejuelas ruinosas del pequeño pueblo, aún se respira el sobresalto y el miedo que fueron la epopeya constante de sus antiguos habitantes, cuando esta tierra fue el paso de apaches y comanches fieros. Las casas son de adobe y piedra, sus gruesas paredes tienen puertas y ventanas de rudo mezquite y encino, son verdaderas fortalezas con mirillas de tiradores por las paredes de los cuatro puntos cardinales que nos hacen recrear la defensa de cada casa cuando el bandido, el guerrillero y el indio bárbaro asolaron el poblado.

Los ancianos repasan sus recuerdos y cuentan las historias que como preciosa herencia les dejaron sus mayores;

destacando entre todas la leyenda de aquel bárbaro blanco que entre dos mundos que se le ofrecieron, siguió sus sentimientos escuchando sólo los dictados de su... corazón apache.

Eran los primeros años del siglo XIX. En aquellos tiempos, los habitantes de San Rafael de las Tortillas tenían que llevar su trigo hasta los molinos de Nava, Coahuila, para convertirlo en harina. La jornada era de cuatro semanas durmiendo acampados bajo las estrellas, comiendo de la cacería o del pinole de frijol precocido, al que ya sólo le agregaban agua para comerlo, cuando no había más. Pero lo más duro de la aventura no eran los caminos bajo el intenso sol, sino la presencia de indios guerreros que en grupos o tribu entera, se desplazaban de un lado a otro por aquellos montes.

Cuentan que una vez, salió de Las Tortillas una caravana de guayines a llevar las costaleras de trigo a Nava. Iban bien armados y dispuestos a enfrentar los peligros del monte: fieras, bandidos, indios, lo que les saliera al paso...

Pasó un mes y el retorno de aquella caravana no se vio. Las familias de Las Tortillas se preocupaban pensando que algo hubiera sucedido a los peregrinos y rezaban por un feliz regreso; pero al paso de los días, fueron apagando la llama de la esperanza. Y veinte hombres a caballo y armados hasta los dientes salieron a explorar los caminos a Nava. A cinco días de jornada, encontraron los guayines destrozados, vacíos, y hombres y bestias muertos a flecha y lanza. Los apaches, otra vez...

Hicieron un reconocimiento y conteo de cuerpos y entre tanto muerto, faltaba uno; era un niño de cinco años que se dio por perdido para siempre. Un coro de llantos se escuchó sonoro por las calles de Las Tortillas y sus ranchos cercanos como lúgubre canción de muerte. Al poco tiempo:

la resignación. La vida tenía que seguir pues así era el diario vivir en el tiempo aquél.

Los años pasaron y muchas aventuras más se dieron en el constante roce con el bárbaro que por temporadas azotaba la comarca por todos los caminos viejos de Sabinas a Villaldama y de Las Tortillas a Lampazos. Pero una vez, una patrulla militar enfrentó a un grupo apache que se tuvo que rendir ante la superioridad numérica y de armamento. Ahí entre ellos, había un indio con piel blanca tostada por el sol, ojos de color y una patriarcal barba que negra e hirsuta le rebasaba el pecho. Aunque hablara su lengua y vistiera como ellos, aquél definitivamente no era indio.

No quisieron cargar con prisioneros. Mataron a los cautivos uno a uno; pero al indio barbado lo dejaron atado a un árbol a la orilla del campamento. Era inútil tratar de hablarle. Feroz combatiente de estas tierras hasta Tejas, gritaba en su dialecto y trataba de golpear y patear a quien se le acercara; hasta que por sed y hambre, tuvo que aceptar una dádiva del enemigo. Se le trató con curiosidad y paciencia, y lo mantuvieron atado hasta que poco a poco, le fueron rescatando los recuerdos de una lengua olvidada.

Lo llevaron atado a Las Tortillas y allí, permaneció preso hasta que aprendió plenamente el español y lo hicieron entender que él no era indio; que era hermano del blanco; que sus rasgos lo hacían cristiano y si había hecho vida ajena era porque hacía veinte años lo habían robado asesinando a sus padres. Poco a poco se fue apagando su ser montaraz y conviviendo en paz hasta que por fin, lo soltaron para reintegrarlo al pueblo. Sin embargo, estaba solo en el mundo y solamente una familia que se decían sus primos le dieron cobijo y sustento. El bárbaro blanco, había vuelto al redil de los civilizados.

Un largo año trascurrió en que aquel hombre aprendía con interés la rutina de trabajo de agricultores y

pastores; pero siempre, a cada puesta del sol, quedaba con la vista fija en el horizonte, extrañando tal vez la vida indiana, o quizás soñando con unos ojos negros que dejó en la distancia.

Se aficionó a la caza del venado y muchas tardes salió para perderse en la noche y volver con el sol de la mañana con un animal atravesado en ancas. Se le decía que no era necesario perderse tan lejos si los venados estaban nomás cruzando el Salado; pero él aseguraba que le gustaba cabalgar lejos, para cazar con la luna y dormir con el chirriar de los grillos. Se le respetó esta costumbre; hasta que una mañana, ya no regresó...

Los parientes y vecinos rastrearon los alrededores siguiéndole la huella, hasta ver que el rastro de su caballo se juntaba con otro. A un lado estaban su pantalón y sombrero. Así, adivinaron la verdad de aquellas escapadas. El bárbaro blanco se había reintegrado a la vida entre sus iguales, pero jamás pudo arrancarse del pecho quizás un amor que lo esperaba, o tal vez la vida en cabalgata a los cuatro vientos; ni se pudo jamás matar en su pecho aquél largamente cultivado...

#### *Corazón apache.*

\*\*\*\*\*

La noche trascurre en el crepitar del fuego e intercambiar historias acompañadas con una moca de café. Las estrellas viajeras caminan por el firmamento y de vez en cuando parecen detenerse a escuchar los misterios y tragedias que los viejos recrean desde su recuerdo para hechizar a los escuchas. Los astros llegan al poniente. La noche agoniza en las primeras pinceladas del alba. Mañana será otro día. Mañana nos daremos cita bajo este cielo,

cuando otra vez la noche envuelva los campos secos del norte de Nuevo León, para seguir contando las leyendas de esta tierra.

Esperamos otra vez contar con tu compañía.



### SERIE LOS COMANCHES

1. Al rescate del Ojo de Agua de "La Peñita".  
De: Raúl Rubio Cano
2. Luchas obreras en plena Revolución.  
De: Mario Treviño
3. Reyes S. Tamez Guerra.  
De: Héctor Jaime Treviño Villarreal
4. Nuevoleoneses en los Gabinetes Presidenciales.  
De: Héctor Jaime Treviño Villarreal
5. Capitán José de Treviño Ayala.  
De: Juan Ramón Garza Guajardo
6. De cabritos y uno que otro cabrón.  
De: Héctor Jaime Treviño Villarreal
7. En la esquina.  
De: Raúl Martínez Salazar
8. Inquietudes independientes e Insurrección en el Nuevo Reino de León.  
De: Mario Treviño
9. Juan Candelario de la Cruz, indio insurgente  
De: Mario Treviño
10. Cronología de la invasión norteamericana a Monterrey, 1846 - 1848.  
De: Raúl Martínez Salazar
11. Desiderio Cantú Leal, Fundador de Gral. Bravo, N.L.  
De: José Guadalupe Hinojosa
12. En torno a la pastorela.  
De: Francisco Javier Alvarado Segovia
13. La Molienda.  
De: Carlos Torres
14. Trapiches que los años se llevaron.  
De: Gregorio Rodríguez
15. Gral. Escobedo, N.L.  
De: Timoteo L. Hernández
16. Catecismo de Gral. Escobedo, N.L.  
De: Juan Ramón Garza Guajardo
17. Sé Mujer.  
De: Elsa Solís



18. Profr. Francisco J. Montemayor, Maestro de Cronistas.  
De: Ramiro Montemayor Martínez
19. Media hora en un rincón del D.F.  
De: Héctor Jaime Treviño Villarreal
20. Confesión de Samuel E. Chamberlain.  
De: Raúl Martínez Salazar
21. Levantamientos indígenas y guerra viva.  
De: Mario Treviño
22. La Radio de Tárnava.  
De: Dinorah Zapata Vázquez
23. Breve Historia del Canal 2 de T.V.  
De: Asael Sepúlveda
24. El Comedor de los Pobres del Padre Infante.  
De: Horacio Alvarado Ortíz
25. Bajo un cielo azul.  
De: Ninfa Elizondo
26. Cerralvo, N.L.  
De: Rogelio Velázquez de León
27. El Barrio de la Terminal.  
De: Dinorah Zapata Vázquez
28. Domingos Universitarios.  
De: Ma. Teresa Vázquez
29. Expresión y Pensamiento.  
De: Ana María Rodríguez "Noana"
30. Profr. Celso Garza Guajardo (1943-2000).  
De: Otoniel Arrambide Villarreal
31. No es una historia. Es un cuento que habla de historia. Sabinas Hidalgo, N.L.  
De: Gloria A. Salazar
32. Crónica de una mudanza inesperada.  
De: Ma. Teresa Vázquez
33. La Prensa.  
De: Nabor González
34. El desvanecimiento de Fidel Castro en La Habana.  
De: Vanessa Herrera Hernández
35. Se mojó la arena.  
De: Mario Elizondo Montalvo

36. Cronología de la Calzada Madero.  
De: Juan Ramón Garza Guajardo
37. Lo que el tiempo se llevó.  
De: Francisco J. Echazarreta
38. Pesos y Medidas del Noreste.  
De: Álvaro Canales Santos
39. El Tío Panchito y la Revolución.  
De: Albino Aguilar Soto
40. Escuela Secundaria Fed. ES 312-47 "Mariano Escobedo".  
De: Mario Treviño
41. Mártires de Fundidora.  
De: Esteban Ovalle
42. Juan Zuazua.  
De: Sergio González de León
43. Crónicas del Genio.  
De: Jesús S. Sepúlveda
44. El Regimiento Mariano Escobedo.  
De: Manuel Jaubert



Hacienda San Pedro, Gral. Zuazua, N. L.,  
octubre de 2002.